6233

EL TEATRO
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL LIBRO TALONARIO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

JOSÉ ECHEGARAY

SEGUNDA EDICION

MADRID
ALONSO GULLON, EDITOR
CALLE DEL PEZ, NÚM. 40, 2.º
Oficinas: Pozas, 2

1877

EL
LIBRO TALONARIO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Representada por primera vez en el Teatro de Apolo
el 18 de Febrero de 1874.

LIBRERÍA DE GUESTA
CARRETAS 3 MADRID

MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1877

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA, esposa de.	SEÑORA DIEZ.
CÁRLOS.	SEÑOR VICO.
LUIS, primo de María.	— CEPILLO.
JUAN, criado.	— MARTINEZ.

La escena en Madrid.—Época moderna.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA MATILDE DIEZ,

EN TESTIMONIO DE ADMIRACION Y GRATITUD,

El autor.

611123

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/ellibrotalonario1527eche

ACTO ÚNICO.[1]

Sala lujosamente amueblada: en el fondo un balcon: á la izquierda del público una puerta, á la derecha dos: á la derecha tambien, y en primer término, un velador, y sobre él un quinqué encendido, libros, recado de escribir, etc.: junto al velador un sofá: á la izquierda una mesa y un sillon. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, sentada junto al velador y bordando.

¡Las doce y Cárlos no viene!
(Suspendiendo el trabajo.)
Cuando en su conducta pienso,
en sus tristezas sin causa,
en su anhelar sin objeto,
en sus contínuas ausencias,
en aquel duro despego
con que se aparta de mí
y del pobre pequeñuelo,
la verdad miro patente,
el desengaño contemplo,
y son certezas mis dudas,
y son venganzas mis celos!
¡Mi frente quema y le falta
respiracion á mi pecho!

(1) Todos los versos que van entre comillas, así como los párrafos de las cartas en prosa que llevan este signo ortográfico, se han suprimido en la representacion.

(Se levanta, se dirige al balcon y lo entreabre: pausa. Despues vuelve al proscenio.)

¿Dónde estará Cárlos, dónde?
¡La baronesa... Loreto...
ella es, sí; no hay que dudarlo!
Es hermosa como un cielo,
tiene encanto irresistible,
y á su mirada de fuego
los más sensatos deliran
y enloquecen los más cuerdos.
Pero á mí tambien me aclaman
por hermosa; y yo le quiero
con el alma y con la vida,
¡y soy la madre de Eugenio!
¡Si digo que es imposible:
si aunque lo estuviera viendo
creyera la realidad
del delirio fingimiento!
¡Él, tan noble, tan amante,
conmigo siempre tan bueno!
¡La prenda del alma mia,
Cárlos, mi esposo, mi dueño! (Rompe á llorar.)
¿Lora el niño?
(Acercándose á la primera puerta de la derecha y escuchando.)
No, serian
de mis sollozos los ecos.
(Pausa: vuelve á sentarse.)
Sola, siempre sola! Cárlos,
de asuntos con el pretexto,
de mí se aleja. Vendrá
triste, pensativo, inquieto,
y sin estrechar mi mano,
y sin dar al niño un beso,
sin entrar, ni por costumbre,
en este cuarto tan lleno
de perdidas ilusiones
y de amorosos recuerdos,
á solas con su pasion
se irá el infiel, miéntras quedo
á solas con mis tristezas
y luchando con mis celos,

Quiero saber la verdad:
¡la verdad á cualquier precio!
Luis me prometió una prueba
y yo estimulé su intento.
¿Hice mal? Yo no lo sé:
tan sólo sé que deseo,
ó de mi mal la evidencia,
ó de mi mal el remedio.
¡Un coche? (Aplicando el oido.) ¿Si será Cárlos?
No puedo luchar más tiempo
con las dudas que me matan:
esta misma noche debo
hablarle. ¿Por qué vacilo?
Si él no viene, iré á su encuentro.
(Se dirige hácia la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

MARÍA, JUAN.

JUAN. Acaba de llegar...
MARÍA. ¿Quién (Precipitadamente.)
¿el señor? Que entre al momento:
«he de verle y he de hablarle.
JUAN. »Sí, señora. (Con calma.)
MARÍA. ¡Pronto!
JUAN. Pero
»si no es el señor don Cárlos,
»si es otro. Como soy nuevo
»en la casa me confundo
»con tantos nombres: yo creo
»que es el amigo del amo;
»aquel gentil caballero
»que viene todos los dias
»dos ó tres veces lo ménos.»
Es don Luis...
MARÍA. ¡Don Luis Mendoza!
JUAN. Cabal.
MARÍA. (Hablando consigo misma.) ¡A estas horas?
JUAN. Eso
dije yo, que no sabía

si la señora... Mas luégo
él insistió: que era cosa
de importancia, con misterio
me repitió varias veces.

MARÍA. (Y bien ¿qué importa? No puedo (Aparte.)
la impaciencia que me abrasa
dominar más largo tiempo.)
Que entre don Luis. (En voz alta.)

JUAN. Bien, señora.

MARÍA. Y que espere aquí.

JUAN. Al momento. (Sale Juan.)

MARÍA. Cuando él viene trae la prueba,
y esa prueba yo la quiero.
«Borraré de mis mejillas
»el llanto que en ellas siento;
»á mis apagados ojos
»daré de la fiebre el fuego;
»fingirán dulces sonrisas
»mis labios de dolor trémulos,
»y del cariño de Luis
»me serviré en mis proyectos.»
¡Ay, que Dios por la intencion
perdone tan ruines medios.
(Sale por la segunda puerta de la derecha, y en el mismo instante entra Juan por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

JUAN seguido de D. LUIS.

JUAN. Pase usted, señor don Luis.
«Al pronto, como soy nuevo
»en la casa... la verdad,
»no recordaba... Yo ruego
»al señor que me dispense:
¡soy tan torpe!

LUIS. Ya lo veo.

JUAN. »Á veces, ni áun á don Cárlos
»le conozco. No, y en esto
»no es toda la culpa mia.
»Por acá sólo está el tiempo

»preciso para comer
»y domir; de suerte...

LUIS. Bueno:
»estoy de todo enterado.

JUAN. »¡Enterado!... ¡Por supuesto! (Con malicia.)
»¡Si es usted más de la casa
»que don Cárlos!

LUIS. ¡Majadero,
»vete pronto!

JUAN. Ya me voy.»
La señora, que al momento (Retirándose.)
vendrá. (Aparte.) (¡Vaya, y es buen mozo!
ojos pardos... mucho pelo...
Lo de siempre: ama bonita,
primo guapo, y amo... bueno.) (Sale.)

ESCENA IV.

LUIS, solo.

¡María, sólo tu imágen
ante mis ojos contemplo!
Todo lo demás no existe
para este amor, que en mi seno
es la suprema esperanza
y es el supremo tormento.
Honor y amistad olvido:
ante nada retrocedo:
«para conseguir tu amor
»hasta la infamia desciendo.»
Compré conciencias con oro,
con oro compré secretos,
y hoy en mis manos las pruebas
del amor de Cárlos tengo.
Estas son las cartas: (Sacando unas cartas.)
¡cómo
filtrarán sutil veneno
de mi adorada María
en el agitado pecho!
«¡Cómo inflamarán sus frases
»los mal contenidos celos
»de la esposa, y en venganza

»trocarán su llanto acerbo!»
¡Cuánta pasion puso Cárlos,
al escribir á Loreto,
en los ardientes renglones
de este papel indiscreto! (Pausa.)
Esto es infame, lo sé:
de mí mismo me avergüenzo;
pero evoco de María
el abrasador recuerdo,
¡y, ay de mí, que ya no lucho!
¡ay, que resistir no puedo!

ESCENA V.

MARÍA, LUIS.

LUIS. Perdon la debo pedir
si en hora tan avanzada...
MARÍA. La disculpa es excusada.
LUIS. Sin embargo...
MARÍA. El insistir
dudar es de mi franqueza,
y fuera injusta porfía.
LUIS. Compite en usted, María,
la bondad con la belleza.
(Se sienta junto al velador.)
MARÍA. Cárlos tampoco ha venido:
de suerte que para mí
no es aún tarde, pues aquí
le aguardo siempre.
LUIS. Afligido
por dar una mala nueva,
debo advertirle, señora,
que será muy á deshora,
y de ello tengo la prueba,
cuando al techo conyugal
regrese el esposo amante:
le he dejado hace un instante
con Loreto Sandoval.
MARÍA. ¡Basta, Luis!
LUIS. Usted olvida
que pruebas he prometido.

MARÍA. Olvida usted ¡y es olvido!
que me va en ello la vida.
LUIS. Cuando pienso que mi amor
en usted no halla piedad,
mi sola felicidad
es gozarme en el dolor
que usted sufre; y mi porfía
llega á pensar que es un bien
el que usted llore tambien.
Perdóneme usted, María.
MARÍA. Si es así, no más porfie: (Tristemente.)
si su dicha está en mi llanto,
será usted dichoso, y tanto,
que ya la dicha le hastíe.
LUIS. El dolor término alcanza,
y hasta quisieron los cielos
que concluyeran los celos
donde empieza la venganza.
MARÍA. ¿Venganza digna?
LUIS. Atrevido
fuera yo, y áun descortés,
de otra manera.
MARÍA. ¿Cuál es?
LUIS. El desprecio y el olvido.
MARÍA. Si despreciar es posible
al hombre que tanto amamos,
si al despreciar olvidamos,
pronta estoy. ¿Pero es creible
en Cárlos esa traicion?
¿Es prueba, Luis, suficiente,
que esté, como tanta gente,
de Loreto en el salon?
LUIS. Mi franqueza lo declara:
no es una prueba, María.
MARÍA. ¿La pena entónces valía
de que usted se molestára?
LUIS. «Una visita galante
»una noche en un salon,
»miradas que al corazon
»llegan del objeto amante,
»suspiros que el aire lleva,
»palabras que borra el viento,

»un beso y un juramento...
»nada de esto es una prueba.»
Mas con letra del infiel,
(Acercándose á María, en voz baja, y con marcada intencion.)
frases que roban la calma
y que llegan hasta el alma,
escritas en un papel,
merecen, á lo que infiero,
—no que yo me molestára;
no hay molestia,—que turbára
su reposo.

MARÍA. (Con vehemencia.) ¡Yo las quiero!

LUIS. ¿Las cartas de Cárlos?

MARÍA. ¡Si!

LUIS. Estas son. (Mostrándolas.)
(María pretende apoderarse de las cartas; Luis las retira.)

LUIS. No.

MARÍA. ¡Por los cielos!
(Los mismos movimientos.)

LUIS. Dudo.

MARÍA. ¡Me abrasan los celos!

LUIS. Tambien me abrasan á mí.
¡Pregonan ruines traiciones!
(Mostrando las cartas.)

MARÍA. ¡Pregonarán mi venganza!

LUIS. Ella es mi sola esperanza.

MARÍA. ¡Las cartas! (Suplicando.)

LUIS. Sin condiciones.
(La entrega las cartas con galantería. Pausa.)

MARÍA. ¡Su letra!... ¡Valor!... ¡Y aún lloro!
(Limpiándose las lágrimas y esforzándose por leer, pero sin conseguirlo.)
¿Qué dice aquí? (Á Luis.)

LUIS. (Inclinándose hácia María y leyendo la carta que ésta tiene entre sus manos.)
¡Te amo tanto!

MARÍA. ¡No puedo con este llanto!
(Los mismos movimientos.)
¿Y aquí qué dice?

LUIS. —¡Te adoro! (Leyendo.)

MARÍA. ¿Y al principio?
LUIS. —¡Vida mia! (Leyendo.)
MARÍA. ¿Y al fin?
LUIS. —¡Para siempre tuyo! (Leyendo.)
MARÍA. ¡Mi Cárlos dice que es suyo!
LUIS. ¡Y para siempre, María!
MARÍA. El cáliz quiero apurar,
y en vano intento leer...
(Entrega las cartas á Luis y oculta el rostro en el pañuelo.)
LUIS. (Leyendo las cartas para sí.)
¡Qué pasion esa mujer
ha conseguido inspirar!
(Pausa. Despues lee en voz alta.)
Adorada Loreto: comienza á despuntar el dia y no he podido conciliar el sueño: tú me faltas y sin tí no hay para tu Cárlos, ni sosiego, ni reposo, ni es la existencia más que tormento intolerable. Á poca distancia de mí duermen María y Eugenio, los dos seres que yo más amaba en el mundo ántes de conocerte, Loreto de mi vida. Hoy ¿qué son para mí? «Si su recuerdo pasa por mi memoria, más es como sombra molesta, que »como imágen querida. Es que tu amor, Lo»reto de mi alma, se ha apoderado como »dueño absoluto de mi sér, y tu Cárlos diera »por sólo un beso tuyo...»
MARÍA. ¡Basta!... ¡Basta ya!... ¡Dios mio!
¡Cárlos!... ¡Infamia! ¡Traicion!
¿Qué siento en el corazon?
¡Ántes fuego y ahora frio! (Pausa.)
No es vengarse el olvidar;
no es el desprecio venganza;
pero mi mente no alcanza
venganzas á combinar,
que devuelvan al traidor
y devuelvan con usura
por mi tortura, tortura,
por su infamia, deshonor;
de lágrimas un raudal
por estas lágrimas mias,

que amarguen sus alegrías
con Loreto Sandoval.
¿Qué hacer?... ¡No sé!... ¡Me confundo!
¡Se oscurece mi razon!

LUIS. ¡Qué fuego! ¡Cuánta pasion!
(Leyendo las cartas para sí.)

MARÍA. Si siente un odio profundo,
si sufre ofensa mortal,
el hombre cual caballero
frente á frente con su acero
hiere el pecho á su rival.
Y la mujer entre tanto,
por escarnio de la suerte,
lleva en el alma la muerte
y sólo en los ojos llanto.
Medita venganzas fieras,
busca el vengador acero,
y encuentra en su costurero...
¡dedal, aguja y tijeras!
(Riendo sardónicamente.)
¿No es verdad?... ¡Debo reir!
¿Ve usted la risa en mi boca?
¡Es, Luis, que me vuelvo loca!
¡Es que me siento morir! (Rompe á llorar.)

LUIS. (¡Pobre mujer, voy pensando (Aparte.)
que hice mal en torturarla!
¿Pero cómo no adorarla
si es tan hermosa llorando?
¡Ojos, á los que el dolor
da tan celestial rocío,
cómo llorareis, Dios mio,
cuando lloreis por amor!)

MARÍA. ¡Luis! (Con arranque repentino.)

LUIS. ¡María!

MARÍA. ¿Me ama usted?

LUIS. ¿Y lo pregunta la ingrata!

MARÍA. ¿Pero con amor?...

LUIS. ¡Que mata!
¡Que es delirio, y fiebre, y sed!

MARÍA. ¿Dispuesto?...

LUIS. ¡Á todo! ¡En los senos
ordene usted que ahora mismo

me sepulte de un abismo!... (Con exaltacion.)

MARÍA. Me basta con mucho ménos. (Irónicamente.)
Escriba usted. (Señalándole la mesa.)

LUIS. ¿Pero qué? (Extrañándose.)

MARÍA. Lo que dicte. (Se levanta y pasea con agitacion.)

LUIS. ¡Es singular! (Vacilando.)

MARÍA. Eso, Luis, es vacilar,
¡Y el abismo? (Con ironía.)

LUIS. Escribiré.
(Se sienta Luis y escribe. María dicta la siguiente carta, interrumpiéndose varias veces con risa sarcástica.)

MARÍA. Adorada María: No más temores, no más llanto: tú lo quieres y tu voluntad es mi ley; pero ¡cuánto sufro al separarme de tus cartas, tan amantes, tan tiernas, que tan dulces recuerdos evocan! «ni yo podré ex»plicártelo, ni pudieras tú comprenderlo á »no sentir el dolor que ahora siento.» ¡Dos años há que las guardo fielmente! ¿Por qué crees hoy que pudieran arrebatármelas? «¿Quién ha turbado tu tranquilidad con pe»ligros imaginarios?» No, vida mia, nuestro amor es un misterio que él, ese hombre, nunca sospechará. «Perdóname, alma de mi »alma, si por completo no cumplo lo que »vencido por tus lágrimas he jurado.» De tus cartas, que por mi mal son harto breves, he separado las hojas en blanco y cuidadosamente he de conservarlas. ¡Hojas en blanco para todos; para mí, en su silenciosa y limpia superficie, cuántos recuerdos y cuántas venturas!
La despedida y firmar.
(Pausa. Luis escribe: despues se acerca á María y le muestra la carta satisfecho.)

LUIS. ¿Qué le parece, María?

MARÍA. No está mal; pero algo fria.

LUIS. Yo pensé... (Desconcertado.)

MARÍA. Puede pasar. (Friamente.)

LUIS. Consumado el sacrificio
¿me pudiera usted decir?...

MARÍA. Ahora no: voy á escribir.
(Contesta María distraidamente y se sienta á la mesa despues de meditar algunos momentos. Luis la observa con atencion.)

LUIS. (Aparte.) (Perdió la infeliz el juicio.
(María corta las hojas en blanco de las cartas de Cárlos, sonriendo irónicamente.)
¡Está cortando!... ¡Si digo
que ha perdido la razon!)

MARÍA. (Aparte.) (Donde escribió su traicion
escribiré su castigo.
Así su infamia resalta.)
(Alto y dirigiéndose directamente á Luis con sonrisa irónica.)
Corto las hojas en blanco
de varias cartas.

LUIS. Soy franco:
nada entiendo.

MARIA. Ni hace falta. (Riendo.)
(María prosigue cortando hojas en blanco, y Luis mirando con curiosidad esta operacion extraña. Al fin María se detiene y vuélvese hácia Luis.)

MARÍA. ¿En su carta no me dice
que me devuelve las mias,
aunque son sus alegrías,
porque al fin me tranquilice?
(Luis asiente.)
Pues bien, esas cartas, Luis,
voy á escribir, y tan llenas
de tenura, que á mis penas
den soberano mentís.
(Animándose por grados.)
«Cesó mi agudo dolor;
»dí mis celos al olvido,
»y que tenga he discurrido
»una historia nuestro amor.
»La pasion que nace ardiente,
»y la nube en el espacio,
»y el sol, globo de topacio
»en el encendido oriente:
»con su claridad el dia,
»la noche que llega oscura,

»el llanto de la amargura
»y el llanto de la alegría;
»todo empieza para ser,
»todo su pasado tiene,
»es crepúsculo que viene
»ántes del amanecer.
»Aparicion peregrina
»de oro y grana, lenta sube
»por los aires, y hoy es nube,
»mas fué flotante neblina.
»Ántes de que rompa el sol
»de la mañana los velos,
»baña el azul de los cielos
»con su tinta de arrebol.
»Lentamente el rojo broche
»se hunde en la llanura fria
»del mar, pues como en el dia
»hay crepúsculo en la noche.
»Y es crepúsculo del llanto
»aquella vaga tristeza
»con que poco á poco empieza
»de la dicha el desencanto.
»Y la alegría bien sé
»que suele anunciarse aquí,
(Poniendo la mano sobre el corazon.)
»mas como yo la perdí
»ya su alborada olvidé.»
¡Muestre usted, Luis, más ardor!
¡Abra el pecho á la alegría!
¡que llega, aunque triste y fria,
el alba de nuestro amor!
Le amaré al principio poco...
y más tarde ¡con delirio!
Así creció mi martirio,
por grados.

LUIS. ¡Me vuelo loco!

MARÍA La escala he de recorrer
de su infamia sin recelo,
y van á ser mi modelo
sus cartas á esa mujer.

(Comienza á escribir febrilmente sobre las hojas en blanco que cortó. Luis, en pié, la contempla. De cuan-

do en cuando levanta la cabeza María y dirige una sonrisa á Luis.)

LUIS. (Aparte.) (No consigo adivinar
sus proyectos... ¿mas qué importa? (Pausa.)
Sobre las hojas que corta
escribe sin descansar.)

MARÍA. «(Aparte.) (Ya Cárlos habrá olvidado
»este romántico estilo;
»hoy vive ya más tranquilo
»cerca del objeto amado.»
Lea usted.
(Á Luis dándole la carta que acaba de escribir.)

LUIS. —Luis de mi vida...
(Sigue leyendo en voz baja la carta. María escribe.)
(Aparte.) (¿Por qué, pobre corazon,
te conmueve esta pasion
que pinta, siendo fingida!
¿No estás, necio, en el secreto?
¿Ignoras que están tomadas
sus frases enamoradas
de las cartas á Loreto?
¿Que no está pensando en tí,
que en Cárlos está pensando?
¿Y qué importa?... No sé cuándo,
pero ¡ay, María! que así,
de la confianza en la calma,
pudiera llegar traidor,
y poco á poco mi amor
hasta el fondo de tu alma.
Repíteme que me quieres;
oye mi amante porfía,
que yo bien sé, vida mia,
que virtud en las mujeres
es con nieves en la cumbre,
alta y áspera montaña;
pero se sube con maña,
y de amor la roja lumbre
derrite cual sol los hielos,
que bajan luégo bullentes
á los lagos y á las fuentes
para reflejar los cielos.)

MARÍA. Basta y pienso que son hartas.

(Distribuyendo las cartas.)
Las divido de este modo:
(Á Luis sonriendo.)
la de usted ántes que todo,
(Separándolas en dos grupos.)
las de Cárlos y mis cartas.
(Señalando sus cartas y hablando consigo misma.)
De aquestas las suyas son
comprobante necesario,
como libro talonario
de su infamia y su traicion.
«Y pues tan triste es la suerte
»del espíritu orgulloso,
»que de su dicha y reposo
»dispone materia inerte;
»de estos mezquinos objetos,
»sin vida y sin libertad,
»ha de hacer mi voluntad
»esclavos de mis secretos.»
Por los córtes que tracé,
como en billetes de Banco,
cuando las hojas en blanco
de sus cartas separé,
siempre me es dado ajustar
á las suyas estas mias;
y en verdad que mis porfías
premio lograron hallar;
pues tal perfeccion alcanza
el ajuste y tal limpieza,
que jamás á una vileza
más se ajustó una venganza.
(Pone una de las hojas de las cartas de Cárlos y la correspondiente suya, de suerte que ajusten por la línea del córte, y rie irónicamente al ver la exactitud de la union: todo esto miéntras pronuncia los anteriores versos, de manera que al decir los dos últimos vea el público cómo materialmente se efectúa dicho ajuste.)

LUIS. (Aparte.) (¡Es pueril satisfaccion!
¡es capricho singular¡)
(Alto.) ¿Me quiere usted explicar?...

MARÍA. Cuando llegue la ocasion.

Algo falta... (Meditando.) Preciso es
que entre Cárlos cuando venga.
Haré que Juan le prevenga,
y á Juan yo.
(Se detiene como variando de pensamiento.)
Mejor, Inés.
Vuelvo al punto, espere aquí.
(Á Luis dirigiéndose á la segunda puerta de la izquierda.)

LUIS. ¿Aunque Cárlos venga?

MARÍA. (Deteniéndose.) No.

LUIS. ¿Pues dónde me oculto yo
si él llegare?

MARÍA. ¿Donde?... Allí.
(Señalando la primera puerta de la derecha.)

LUIS. (Haciendo un movimiento para detener á María.)
Nada sé y nada pretendo
de sus proyectos saber:
dueña es usted de mi sér;
mas á lo que yo comprendo
usted arriesga, María,
en lance bien peligroso
la existencia de su esposo.

MARÍA. (Con soberano desdén.)
¿Cuidó él tanto de la mia?
(Sale María por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

LUIS.

La previne: no escuchó:
mi conciencia he descargado.
¡Adelante con sus celos
y con mi amor insensato!
«Ni los riesgos desconozco
»de esta empresa á que me lanzo,
»ni soy tan necio que ignore
»que terminará cruzando
»hierro ó plomo con el hombre
»á quien dí por muchos años
»con el título de amigo

»mi leal y franca mano.»
El desenlace se acerca:
ni sé cómo, ni sé cuándo
llegará; pero que llega,
y con sangre y con escándalo
me lo está diciendo á voces
ese papel que he firmado.
(Suena una campanilla.)
¡Venga, si por fin arrojan
entre mis amantes brazos
esa mujer hechicera
de tez blanca y ojos garzos,
sus propias ciegas venganzas
y las traiciones de Cárlos!

ESCENA VII.

DON LUIS, JUAN.

JUAN. ¿Llamó el señor?
LUIS. No: sin duda
la señora le ha llamado.
(Suena otra vez la campanilla.)
JUAN. «(Aparte.) (¡Vaya un trasnochar! ¡Jesús
»y qué casa! Yo me marcho:
»yo soy un hombre tranquilo
»y no estoy acostumbrado
»á estos enredos. ¡Don Luis!...
»¡Y la señora!... ¡Y don Cárlos,
»que no vuelve!... (Suena otra vez la campanilla.)
»¡Si ya voy!
»¡Si voy al momento!... ¡Malo!...)»
(Sale Juan por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA VIII.

LUIS.

Es angelical María,
pero Loreto es el diablo,
y si allá en el cielo vence
siempre el bueno al ángel malo,

toma revancha en la tierra
el negro espíritu alado.
Y no sé por qué imagino,
al ver el contorno mágico
de Loreto, sus desnudas
espaldas, su cuello pálido,
sus negras trenzas deshechas
y sus grandes ojos pardos,
que inmensas alas de sombra
coronan sus hombros blancos. (Pausa.)
¡Pobre María, que lucha
con afan desesperado,
contra la astuta sirena,
contra la pasion de Cárlos,
y contra mí... ¡que la adoro
y que á su ruina la arrastro!

ESCENA IX.

DON LUIS, JUAN.

JUAN. ¡Vengo confundido, absorto!...
«Esto jamás me ha pasado!»
LUIS. ¿Pues qué ocurre?
JUAN. «Dar dinero,
»porque cuando llegue el amo
»se avise que el amo llega,
»ó tambien para llevárselo
»con pretextos é invenciones,
»impidiendo que en el cuarto
»de la señora penetre,
»esto es natural y es claro.
»¿No es verdad, señor don Luis?
»Aunque yo soy hombre honrado
»y tranquilo, y no me gustan
»ni picardías ni escándalos,
»tales cosas pasan hoy,
»que no teniendo cerrados
»los ojos preciso es verlas.
LUIS. »Y bien ¿qué?
JUAN. Pues» voy al caso.

¡Caso nuevo, inverosímil;
digo más, extraordianario!
Entro, como usted ya sabe,
y allí me estaba esperando...

LUIS. ¿La señora?

JUAN. La doncella.
Pero es igual. El mandato
de la señora cumplia.

LUIS. ¿Y cuál era?

JUAN. ¡El más extraño!...

LUIS. ¿Acabarás?

JUAN. Sí señor;
sí señor: voy acabando.
Me hizo aprender una historia
(Acercándose á D. Luis y contando con mucho misterio.)
para contársela al amo
en el instante que llegue,
de la cual el inmediato
efecto será que aquí
de fijo entrará don Cárlos.
¡Estando usted!

LUIS. ¡Insolente!
(Suena el relój de la chimenea.)

JUAN. ¡Oiga usted!... (¡Ya son las cuatro!) (1)

---

(1) Los versos que van entre comillas y que siguen en esta escena se han sustituido en la representacion con los siguientes:

JUAN. Yo debo contar que usted
vino esta noche, que hablando
estuvo usted mucho tiempo
con la señora, que llantos
escuché desde la puerta,
que usted se marchó, y que al cabo
de muy poco, unos papeles
usted en persona trajo.
¿Qué le parece la historia?

(Pausa: Juan procura recordar lo que ha de referir á Cárlos.)
«Yo debo contar primero
»que vino usted, y no cargo
»mi conciencia, no señor,
»ni á la estricta verdad falto;
»porque tan vino esta noche
»como que aún no se ha marchado.
»Yo debo contar despues,
»que con la señora hablando
»estuvo usted mucho tiempo,
»lo cual tambien es exacto:
»llegó usted dadas las doce
»y há poco dieron las cuatro.
»Que en esa... conversacion
»la señora soltó el trapo
»á llorar: verdad tambien:
»suspiros, sollozos, llantos
»escuché sin pretenderlo.

LUIS. »¡Tunante!

JUAN. »¡Si son los cuartos
»tan pequeños en Madrid!

LUIS. »Concluye.

JUAN »Pues de eso trato,
»que el señor vendrá ya pronto.
»Yo debo seguir contando
»que usted se marchó; que tuvo
»la señora largo rato
»un fiero ataque de nervios,
»y que poco despues trajo
»usted mismo unos papeles,
»que Inesilla con recato
»entregó á doña María,
»la cual los tiene guardados.
»En esto último no todo
»es historia, pero al cabo
»hay cierta aproximacion
»suficiente para el caso.
»Que hubo papeles se ve, (Mirando á la mesa.)
»y sin duda usted los trajo.
»El irse y el haber vuelto
»no es difícil de arreglarlo

»para calmar mi conciencia
»de hombre recto y timorato.
»No se fué: lo reconozco.
»Tampoco ha vuelto: esto es claro.
»Son dos inexactitudes,
»pero en sentido contrario.
»¿No es lo mismo ir y volver
»que quedarse? Pues al cabo
»resulta desde la cruz
»á la fecha mi relato,
»limpio, correcto, severo,
»como cumple á un hombre honrado.
»Y aquí tiene usted la historia
»que debo contar al amo.
»¿Usted qué opina, don Luis?»

LUIS. La señora lo ha mandado
y á tí obedecer te toca.

JUAN. Además un buen regalo
me ha prometido.

LUIS. ¡Adelante!

JUAN. (Aparte). (¡Y tambien él quiere!.. Vamos,
no lo entiendo.) (Alto.) ¡Un coche llega!
Él es, sí: viene don Cárlos. (Sale.)

ESCENA X.

MARÍA, LUIS.

MARÍA. (Entra apresuradamente.)
Allí, Luis:
(Señalando á la primera puerta de la derecha.)
él ha venido.
Y yo le ruego que en tanto
que no le avise...

LUIS. Señora,
mi voluntad de sus labios
está pendiente: seré,
no ya su amigo, su esclavo.
«Pero si Cárlos me ofende,
»si creyéndose ultrajado
»me exige satisfaccion...

MARÍA. (Con cierta ironía.)

»Pues son ustedes entrambos
»caballeros, se supone
»que cumplirán como bravos;
»pero hasta entónces...

LUIS. »María...

MARÍA. »¡Pronto, Luis!... por Dios!...
(Instándole para que se oculte.)
Al cabo.»
(Sale Luis por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XI.

MARÍA.

Recoge apresuradamente las cartas: guarda las de Cárlos y conserva en la mano la de Luis y las suyas propias.

Ahora empieza mi papel,
ahora su castigo empieza;
sepa ya el esposo infiel
lo que cuesta una vileza
de lágrimas y de hiel.
En mí como en un espejo
va á mirarse el criminal;
¡yo, que traiciones semejo,
y soy cual limpio cristal
que manda impuro reflejo!
El va á juzgarse á sí mismo
creyendo juzgarme á mí;
él, en su ciego egoismo,
pensará que yo caí
hasta el fondo del abismo.
Hará de severo alarde, (Con ironía.)
dictará fiera sentencia;
que por escarmientos arde
la escrupulosa conciencia
del que es traidor y cobarde.
(Se recuesta en el sofa: finge que duerme y va ejecutando los movimientos que indica el verso. Toda esta última parte es evidentemente irónica.)
Ya duerme la delincuente.

¡Qué angustiosa pesadilla!
¡Qué palidez en su frente!
Cuál rueda por su mejilla
de terror lágrima hirviente!
(Se interrumpe para reir.)
En sueños terca me afano
mis cartas por defender:
la de Luis ¡destino insano!
está abierta y va á caer
desprendida de mi mano.
(Queda María sobre el sofá fingiendo que duerme: en una de sus manos oprime con fuerza, pero de modo que se vean, las cartas que copió de las de Cárlos, y que parecen ser dirigidas á Luis, y las acerca mucho á su pecho como para defenderlas. Sobre su falda, en contacto con su mano, pero ya desprendida de ella, coloca la carta que escribió Luis, y así espera breves instantes, siempre sonriendo, la llegada de Cárlos.

ESCENA XII.

MARÍA, fingiendo que duerme, CÁRLOS.

CÁRLOS. No comprendo, vive Dios,
la historia que Juan relata.
¿De qué misterio se trata? (Con indiferencia.)
¡Llanto... papeles... los dos...
Pero dice que está enferma
y esto me puso intranquilo.
¿Debo entrar? No sé: vacilo.
Quizá la pobre ya duerma.
(Pausa: vuelve la vista y ve á María.
¡Ella!... ¡María!
(Pausa: la observa con cariño, pero sin acercarse.)
¡Qué hermosa!
¡Yo la amaba con ternura!
No hay una frente más pura
que la frente de mi esposa.
Hoy me vence la pasion;
es mi delirio Loreto,

y llevo impuro secreto
guardado en el corazon.
Pero su fondo escudriño,
y bajo aparente calma
hallo que conserva el alma
aquel antiguo cariño.
El hermoso cielo él era
de mi vida. De oro y grana
Loreto nube, que ufana
empañó su azul esfera.
(Dirigiéndose á María.)
Mas no temas; que el encanto
de la nube desparece
cuando el sol no la enrojece;
y entónces su rico manto
se troca en oscuro tul,
y se deshacen sus velos,
y eternos quedan los cielos
con su firmamento azul.
«Es la pasion quien de paso
»da á la nube su arrebol;
»pero siempre halla este sol
»en el hastío su ocaso.»
(Se acerca á María y la observa con atencion y cariño.)
¡Hay llanto sobre su faz!
Sueña con Eugenio, sí. (Con seguridad.)
¡Yo que me olvido de tí!... (Pausa.)
¡Adios, mi bien: duerme en paz!
(Se aleja algunos pasos; despues se detiene y vuelve á mirarla.)
¡Si borrar pudiera un beso
mi pasion y tus agravios!
He de rozar con mis labios...
(Se acerca otra vez á María y se inclina para besarla en la frente; pero repara en la cartas y se detiene sorprendido.)
¡Pero... papeles! ¿Qué es eso? (Con extrañeza.)
Los de la historia de Juan. (Recordando.)
¡Y una carta al parecer!
(Mirando la carta de Luis.)
¿La carta qué podrá ser?

¿Los papeles qué serán?
Coger puedo esos objetos...
¡Y lo haré por vida mia!
¿Por qué no? Jamás María
tuvo para mí secretos.

(Va á coger la carta de Luis, pero vacila y se detiene.)

¡Necios escrúpulos!... ¡Vamos!...
y sin turbar su reposo...
¿Acaso no soy su esposo?

(Coge con mucho cuidado la carta de Luis que estaba sobre la falda de María.)

No ha despertado. (Mirando otra vez á María.)
Veamos.
Dice... (Comenzando á leer la carta.)
¡¡Adorada María!!...
¡y firma la carta!... (Buscando con afan.)
¡¡Luis!!

(Se detiene dando muestras de violentísima agitacion. El actor interpretará este momento como crea oportuno.)

¡¡Torpes sospechas, mentís!!
¿No es ella la esposa mia?

(Con expresion de suprema confianza. Pausa.)

Soy un insensato: calma.

(Procura serenarse, y despues lee sin detenerse la carta, pronunciando sólo en alta voz, y con agitacion creciente, las frases que marcan los versos.)

...¡Tus cartas!... ¡dos años há!
...¡*él* nunca sospechará!...
...¡Adios, alma de mi alma!

(Pequeña pausa.)

¡Se perturba mi razon!
¡Se me oscurece la vista!
¡Tiembla como rota arista
mi mezquino corazon!

(Como luchando interiormente por apartar una idea horrible.)

¡Mi propio seno desgarro
á impulsos de mi locura!
¡Ella, la del alma pura!
¡ella, el ángel!... ella, barro!

¿Mas son certezas mis celos?
¿No existen negras traiciones?
¿Han sido siempre ficciones
los Yagos y los Otelos?
¡Pensamiento, que te apartas
de la triste realidad,
allí tienes la verdad
escrita en aquellas cartas!
(Señalando las que conserva María en la mano.)
Si es inocente ¿por qué
la mano cierra convulsa?
¡A verlas honor me impulsa,
y por Dios que las veré!
(Se acerca á María y le quita las cartas con precaucion, María finge alguna resistencia.)
¡Al fin! ¡La prueba precisa!
(Mirando á María.)
¡Creyera que me provoca,
vagando en su bella boca
una irónica sonrisa!
Goza en tu alegre soñar,
goza en tu feliz letargo
porque ha de ser muy amargo,
María, tu despertar!
(Quiere leer las cartas y no lo consigue porque se le turba la vista.)
¡Quiero estas cartas leer!
¡Quiero apurar mi amargura!
¡Y es la noche tan oscura
que sombras hay por do quier!
¡Su letra!... ¡Pienso que lloro!
¿Qué dice aquí?...—¡Te amo tanto! (Leyendo.)
¡Yo verter cobarde llanto!
(Enjugándose los ojos.)
¿Y aquí que dice?...—¡Te adoro! (Leyendo.)
¿Y al principio?...—¡Vida mia! (Id.)
¿Y al fin?...—¡Para siempre tuya! (Id.)
¡Ella le dice que es suya!
¡Ella! ¡Mi esposa! ¡María!
(Da muestras de grande desesperacion. El actor interpretará este momento como juzgue oportuno. Miéntras Cárlos se esfuerza por leer las cartas, María se

incorpora con precaucion, y sigue con profunda alegría y risas irónicas los varios movimientos de Cárlos. Al talento de la actriz queda encomendada esta y las difíciles escenas que sigen. Pausa: se recobra un tanto y dice con acento reconcentrado y terrible.)

Que algo olvido se me antoja:
alumbró mi oscuridad
un rayo de claridad:
¡luz, mucha luz, pero roja!
¡Luis! tan noble y caballero!
¡y tan mi amigo y tan franco!
¡Guardó las hojas en blanco!

(Señalando irónicamente el borde de las cartas á Luis.)

Blanco serán de mi acero.
Es forzoso concluir:
¡vas, esposa, á despertar! (Con acento terrible.)
Es ya sobrado soñar
sueños que hacen sonreir.
¡Despierta!...

(Sacudiéndola un brazo violentamente.)

MARÍA. ¡Cárlos, mi amor!
CÁRLOS. ¡María!...

(Vacilando y retrocediendo ante María que avanza cariñosa hácia él.)

MARÍA. Qué dulce calma
soñando gozaba el alma! (Con languidez.)
CÁRLOS. (Aparte.) (¡Cómo finge!)
MARÍA. (Aparte.) (¡Qué traidor!

(María se acerca á Cárlos y se apoya en él lánguidamente. Cárlos, luchando con sentimientos encontrados, unas veces la rechaza con ira, otras la atrae con pasion. Los actores darán á esta escena el carácter que crean más propio.)

¡Cuanta ventura! ¡Es muy tarde!
¿No es verdad, esposo mio?
¿Estás triste?... ¡que desvío?
CÁRLOS. (Aparte.) (¡Á mi voluntad cobarde
ayudad, memorias todas!)
MARÍA. Comienza á clarear el dia.

(Mirando hácia el balcon.)

CÁRLOS. Así clareaba, María,
la noche de nuestras bodas.
¿Te acuerdas? ¡Responde!
MARÍA. (Tristemente.) ¡Sí!
CÁRLOS. ¡Los dos el salon dejando
y el corazon palpitando,
solos vinimos aquí!
¡Todo en silencio y oscuro
cual santuario misterioso!
¡Murmuraba tembloroso
mi nombre tu labio puro!
¡Oh celestial ilusion,
vuelve á mí!
MARÍA. ¡Cárlos! (Dominada á pesar suyo.)
CÁRLOS. ¡María!
¡en el silencio se oia
palpitar tu corazon!
Blanco, puro, trasparente,
el albor de la mañana,
al través de esa ventana
bañó tu pálida frente!
—¡Tuya por siempre!—dijiste,
¡y llorando me abrazaste!
MARIA. ¡Tú, Cárlos, tambien juraste!
(Sin poder contenerse.)
CÁRLOS. (Con acento terrible y asiéndola del brazo con violencia.)
¡¡Pero tú, infame, mentiste!!
MARÍA. (Fingiéndose aterrada y retrocediendo. Cárlos avanza sobre ella amenazador.)
¿Por qué tan fieros enojos
en tu voz que vibra airada?
¿Por qué hay fuego en tu mirada
y lágrimas en tus ojos?
CÁRLOS. ¿Por qué?... ¡¡Porque amas á Luis!!
(Casi al oido con voz reconcentrada y terrible.)
MARÍA. ¡Jesús!
CÁRLOS. ¡Tengo pruebas hartas!
MARÍA. Nó, Cárlos, nó!
CÁRLOS. ¿Y estas cartas?
MARÍA. ¡Las cartas y tú mentís!
(Con extraordinaria energía.)

CÁRLOS. ¡Me asombra tanta maldad!
(Confundido y algo desconcertado.)
MARÍA. (Aparte.) (Me olvidé de mi papel.)
CÁRLOS. (Con superioridad abrumadora.)
Conserve al ménos la infiel
la honradez de la verdad!
(María se finge vencida: baja la cabeza y oculta el rostro entre las manos.)
¡Al fin confiesas?
MARÍA. ¡Perdon!...
¡Llorando tu cuello ciño!
(María procura abrazar á Cárlos, pero éste la rechaza con dulzura.)
CÁRLOS. ¿Qué has hecho de aquel cariño
que puse en tu corazon?
¡Mi propio nombre te dí
y mi esperanza y mi fe!
¿Por qué insensato te amé?
¿Por qué ¡ay Dios! te conocí?
MARÍA. ¿No podré, Cárlos, borrar
la inmensidad de mi culpa?
CÁRLOS. Para el crímen no hay disculpa.
MARÍA. ¿Pues qué me resta?
CÁRLOS. ¡Llorar! (Pausa.)
Cuando la traicion nos hiere;
cuando el sér á quien amamos,
por quien todo lo olvidamos,
otro cariño prefiere;
cuando de sí nos arroja
y su esquivez nos humilla;
cuando el llanto en la mejilla
más la quema que la moja,
se extingue toda ilusion
por aquel que nos agravia,
y de la vida la sávia
se seca en el corazon.
¡Tú, que al doméstico hogar
la deshonra me trajiste;
tú, que los lazos rompiste
jurados en el altar!...
(Aparte.) (Mis ojos el llanto arrasa!...)
¡tú... lo digo con dolor, (En voz alta.)

pero lo exige el honor!
¡debes salir de mi casa!

MARÍA. ¡Por Dios... (Fingiéndose aterrada.)

CÁRLOS. (Aparte.) (Aunque me taladre
su pena el alma!) (En voz alta.) ¡María,
al primer rayo del dia
á unirte irás con tu madre!

(Cárlos rechaza suavemente á María, y va á caer desfallecido en el sillon que está junto á la mesa de la izquierda. María se deja caer en el sofá de la derecha. Ambos permanecen silenciosos. Comienza á clarear débilmente el dia. Pausa. Cárlos hace sonar un timbre que habrá sobre la mesa.)

ESCENA XIII.

DICHOS, JUAN.

CÁRLOS. Juan. (Suena el reloj.)

JUAN. ¿Señor?

CÁRLOS. ¿Dieron?... (Como distraido.)

JUAN. Las cinco.

CÁRLOS. Al fin concluyó la noche.

JUAN. ¿Llamaba el señor?

CÁRLOS. El coche.

JUAN. Al momento. (Aparte.) (Con ahinco
busco de luz un destello
por averiguar qué pasa
en esta bendita casa,
y nada, no doy con ello.) (Sale Juan.)

ESCENA XIV.

MARÍA, CÁRLOS.

MARÍA. (Levantándose lentamente y acercándose á Cárlos, que parece abismado en su dolor.)
¡Cárlos, por última vez! (Con voz suplicante.)

CÁRLOS. Es inútil. (Sin volverse.)

MARÍA. ¡Un favor!

¡el postrero de tu amor!
¡Mira mi pálida tez!
¿La ves anegada en llanto?
¡Eugenio?... (Con voz cada vez más tierna.)

CÁRLOS. Queda conmigo.
Ese será tu castigo.

MARÍA. (Fingiendo desesperacion.)
¡Perderle siendo mi encanto! (Pausa.)
¡Cárlos, tu enojo refrena!
¿Nada mi crímen disculpa?

CÁRLOS. ¿De quién es, mujer, la culpa?
Tuya: pues sufre la pena.

MARÍA. ¡Es tu corazon de roca!

CÁRLOS. ¡Es inmenso mi dolor!

MARÍA. ¡Jamás olvidé tu amor!

CÁRLOS. ¿Así profana tu boca?...
¡Vete! (La rechaza con indignacion.)

MARÍA. ¡Escúchame!

CÁRLOS. ¡Jamás!

MARÍA. ¡Una distraccion galante!...
(Con fingida candidez, en cuyo fondo hay algo de ironía.)
Fué mi amigo, no mi amante.
¡Lo juro, Cárlos!

CÁRLOS. (Dominándose apénas.) ¡No más!

MARÍA. (Marcando aún más la ironía.)
¡A veces nos avasalla
un delirio, un arrebato!...

CÁRLOS. ¡Y la escucho y no la mato! (Con desesperacion.)

MARÍA. ¡Te amo tanto, Cárlos!
(Acercándose cariñosamente á Cárlos.)

CÁRLOS. (Rechazándola.) ¡Calla!

MARÍA. «Alguna frase imprudente
»que nada, Cárlos, encubre:
»ligerezas...

CÁRLOS. «¡Ves que cubre
»mortal palidez mi frente!

MARÍA. »Si leyéramos con calma
»esos papeles...

CÁRLOS. »¡María!
(Con voz suplicante y procurando apartarse de ella; pero María le sigue.)

MARÍA. »Justificarme podria.
CÁRLOS. »¡Vete!
MARÍA. ¡Cárlos de mi alma!»
(Cárlos hace esfuerzos por no oirla: María insiste.)
Tambien hay en las mujeres
(Con cierto tinte de candidez y de ironía.)
ilusiones pasajeras:
la importancia tú exageras
de esas cartas...
CÁRLOS. (Con acento terrible.) ¿Tú lo quieres?
MARÍA. ¡Sí, Cárlos!
CÁRLOS. ¡Tu voluntad
es la muerte de los dos! (Ciego de ira.)
MARÍA. ¿Y bien?
CÁRLOS. ¡Escucha!
(La coge por un brazo y la trae á sí violentamente.)
MARÍA. ¡Por Dios!
CÁRLOS. ¡Él de tí tenga piedad!
(Leyendo con voz alterada.)
—Adorado Luis: es muy tarde y aún no he podido cerrar mis cansados párpados. Tú me faltas, y sin tí no hay para tu María ni sosiego, ni reposo, ni es la existencia más que tormento intolerable.—
MARÍA. ¿Y esto qué prueba?
CÁRLOS. (Se detiene algunos instantes y la mira con profundo estupor: María sonríe con inocencia.)
¡Me asombra
la audacia de esta mujer!
¡Alrededor de mi sér
se va extendiendo la sombra!
(Cubriéndose los ojos con las manos.)
MARÍA. Sigue, Cárlos.
CÁRLOS. ¡Qué prosiga!
MARÍA. Y sin temor.
CÁRLOS. Pues escucha.
(Sigue leyendo con voz sorda y contenida, y casi maquinalmente.)
—Estoy sola y puedo escribirte. Sola, sí: Cárlos no ha vuelto y Eugenio duerme. ¡Cárlos, Eugenio, los dos seres que más amaba yo en el mundo ántes de conocerte!...—

MARÍA. ¿No acabas?
CÁRLOS. No: que esta lucha
me enloquece... y me fatiga...
¡Toma y huye!
(Le da la carta á María, ésta la toma, pero sigue inmóvil.)
¡Por el cielo!
(Al ver que María no se marcha.)
¿No estás viendo que en mis ojos
por el delirio ya rojos,
se extiende de sangre un velo?
MARÍA. (Á mi carta sustituyo (Aparte.)
la que á Loreto escribió.)
(Hace con precaucion el cambio de una carta por otra.)
¿Por qué no terminas?
(Alto ¡y procurando darle la carta, pero Cárlos se resiste.)
CÁRLOS. ¡No!
MARÍA. Que ya vacilas arguyo.
(Con acento provocativo.)
(Le sigue con la carta en la mano insistiendo en que la tome, pero sin conseguirlo por la obstinacion de Cárlos.)
¡Sigue leyendo!
CÁRLOS. ¡No más! (Defendiéndose.)
MARÍA. ¡Sigue, que acepto el combate! (Con fiereza.)
CÁRLOS. ¿Anhelas que yo te mate?
¡Pues bien, lo conseguirás!
¡Tiemble la mujer liviana! (Fuera de sí.)
¿Quiéres que tu carta lea?
MARÍA. ¡Mil veces sí!
CÁRLOS. ¿Sí?... ¡pues sea!
¡Y al despuntar la mañana,
por destrozo de esta lid,
de mi venganza pregon
debajo de ese balcon
verá tu cuerpo Madrid!
MARÍA. ¡Pronto!
CÁRLOS. ¡Ven!... ¡Escucharás
(La trae á sí con furor.)
tu sentencia de rodillas!

(La obliga á arrodillarse á pesar de su resistencia.)

MARÍA. ¡Cárlos, Cárlos... que me humillas!

CÁRLOS. ¡Tu crímen te humilla más!

(Comienza Cárlos á leer, pero sin encontrar el punto en que lo dejó, dudando y repitiendo las palabras.)

—Tú me faltas... ni la existencia más que tormento intolerable... los dos seres...—¡ah!...—los dos seres...—¡sí!... los dos seres que yo amaba más en el mundo ántes de conocerte, Loreto de mi vida... ¡Loreto de mi vida!... ¡¡Loreto de mi vida!!

(Despues de repetir dos veces maquinalmente el nombre de Loreto, se detiene Cárlos asombrado de lo que acaba de leer. Mira á su alrededor con desvarío, se pasa la mano por la frente, contempla con estupor á María, que sigue arrodillada á sus piés, y demuestra en todos sus movimientos la confusion que le domina. El actor, á pesar de estas observaciones, interpretará este momento como juzgue oportuno.)

(Ap.) (¡Cómo!... ¡Qué!... ¿Yo dije?...—No.)
¡Aire!... ¡Luz!... ¡Me vuelvo loco!
Calma, calma... Poco á poco...
Un vértigo me turbó.

(Vuelve de nuevo á mirar la carta. En tanto María, siempre de rodillas, le comtempla con sonrisa sardónica.)

(Aparte.) (¡De Loreto el nombre miro!)
¿Qué es esto?

MARÍA. Prosigue.

CÁRLOS. Espera...
¡Una ilusion pasajera!...

(Aparte.) (Dice «¡Loreto...» ¡Delirio!)

MARÍA. ¿De tus venganzas en pos
no sigues?

CÁRLOS. (Mirando otra vez la carta y aparte.) (Dice: ¡María y Eugenio!... ¡La letra es mia!)

(Deja caer la carta, que María recoge sin levantarse.)

MARÍA. Leeremos juntos los dos.

(Siempre arrodillada, pero obligando á Cárlos á que se incline hácia ella.)

(Leyendo.) A poca distancia de mí duermen
María y Eugenio; los dos seres que yo más
amaba en el mundo ántes de conocerte,
Loreto de mi vida. ¿Hoy qué son para mí?
Si su recuerdo pasa por mi memoria, más es
como sombra molesta que como imágen que-
rida. Es que tu amor, Loreto de mi al-
ma, se ha apoderado como dueño absoluto
de mi sér, y tu Cárlos diera por sólo un beso
tuyo...

CÁRLOS. ¡Qué es esto, Dios de los cielos,
que mi razon enloquece?

MARÍA. Esto es, Cárlos, que amanece
sol que rasga negros velos.
¡Basta de infame ficcion
(Levantándose con energía.)
y de cobarde comedia,
que ya mi altivez me asédia
con gritos de indignacion!

CÁRLOS. ¿Pero aquella horrible carta
que yo con mis ojos ví?...

MARÍA. Aquí la tienes, aquí, (Presentándosela.)
que ya mi paciencia es harta.
Escucha, Cárlos, la historia
que alucinó tu razon,
ó por sobra de pasion
ó por falta de memoria.
(Pequeña pausa. María relata con rapidez.)
Hoy descubro tu secreto;
la verdad por fin te arranco:
sobre las hojas en blanco
de tus cartas á Loreto,
dominando mi dolor,
secando mi llanto ardiente,
voy copiando lentamente
tus tiernas frases de amor;
ruego á Luis y al fin escribe
compasivo; llamo á Inés,
ella á Juan llama despues,
y á tu vuelta le apercibe
con una historia mentida;
te repite Juan el cuento.

penetras en mi aposento
y me finjo la dormida;
y aquí ya el esposo infiel
á entender por fin empieza
lo que cuesta una vileza
de lágrimas y de hiel.
En mí como en un espejo
viste tu amor criminal:
yo soy el limpio cristal
y tú el impuro reflejo.
Aquesta es la triste historia
que alucinó tu razon,
ó por sobra de pasion
ó por falta de memoria.

CÁRLOS. (Hablando consigo mismo.)
Todo así por fin se explica:..
¡pero esta duda fatal!...
¡una prueba material;
mi angustia te lo suplica!

MARÍA. (Mostrando las cartas de Cárlos.)
De mis cartas estas son
comprobante necesario,
como libro talonario
de tu infamia y tu traicion.
(Ajustando dos cartas, una de Cárlos y otra suya.)
¿Tus cartas ves ajustar
por los bordes á las mias!
¿No es verdad que mis porfías
premio lograron hallar?
Tanta perfeccion alcanza
el ajuste y tal limpieza,
que jamás á una vileza
más se ajustó una venganza!

CÁRLOS. ¡Es la luz! ¡La luz del dia! (Con arrebato.)
¡Es la verdad; la evidencia!
¡Miraba yo mi conciencia
y dudaba de María!

MARÍA. (Aparte.) (¿Por qué, corazon cobarde?
su alegría te conmueve?
¡Es el traidor, el aleve!)

CÁRLOS. Ven á mis brazos!

MARÍA. Es tarde. (Retrocediendo.)

Ya conoces mi secreto
y estás tranquilo por tí;
pero no piensas en mí,
ni en tu infamia, ni en Loreto.
Cuando la traicion nos hiere;
cuando el ser á quien amamos,
por quien todo lo olvidamos,
otro cariño prefiere;
cuando de sí nos arroja,
y su esquivez nos humilla;
cuando el llanto en la mejilla
más la quema que la moja;
cuando por horrible prueba,
ella, la esposa ultrajada,
oye leer arrodillada
las cartas á la manceba,
se extingue toda ilusion
por aquel que nos agravia,
y de la vida la sávia,
se seca en el corazon.
Un abismo nos separa:
me repugna tu regazo;
rompiste el divino lazo
que postrados ante el ara
por siempre unirnos debió.

CÁRLOS. ¡María!

MARÍA. En mi pecho frio
sólo hay tristeza y hastío.

CÁRLOS. ¿Y tu cariño?

MARÍA. Murió. (Pausa.)
De la mujer tan escasa
la autoridad siempre fué,
que como tú no podré
decirte: sal de mi casa;
pero aunque el dolor taladre
mi pecho, si al ser de dia
aquí estás...

CÁRLOS. ¡Por Dios, María!

MARÍA. Iré á unirme con mi madre. (Pausa.)
Grato me fuera vivir
entre recuerdos de ayer;
si esta casa he de perder....

CÁRLOS. Es justo: debo partir.
MARÍA. Eugenio queda conmigo;
necesito que mi llanto
seque.
CÁRLOS. ¡Pero él es mi encanto!
MARÍA. Ese será tu castigo.

ESCENA XV.

DICHOS, LUIS.

MARÍA. (Dirigiéndose al cuarto en que está Luis oculto.)
¡Luis!
(Se presenta Luis, deteniéndose á pocos pasos de la puerta. Movimiento de sorpresa de Cárlos.)
Me vence la emocion
y necesito reposo.
Repita usted á mi esposo
que en esta triste ficcion,
sólo cediendo á mi llanto,
tomó usted parte por mí.
LUIS. Así fué, señora.
MARÍA. Sí:
y cuanto agradezco, cuanto
su bondad; yo no podria
explicar cumplidamente.
¡Adios... ¡Se abrasa mi frente!
(Se dirige María á la primera puerta de la derecha: Luis se aproxima al paso.)
LUIS. (Aparte.) (Y sus promesas?... María!)
MARÍA. (Aparte y mirándole con soberana altivez y desprecio.)
(Ha podido comprender
que ante todo soy honrada;
y ya la traicion pasada
al traidor no hé menester. (Sale.)

ESCENA XVI.

CÁRLOS, LUIS.

LUIS. (Mirando hácia la puerta por donde salió María.)
(¿Y he de rendir vasallaje
á su virtud?

CÁRLOS. (Poniendo una mano en el hombro á Luis.)
Del amigo
dignas son, Luis, de castigo
áun apariencias de ultraje.
LUIS. En mí tienen fiador
mis actos malos ó buenos,
pero convendrás al ménos
si no te ofusca el rencor,
que poco duró el engaño;
y que si cómplice he sido
de María y he fingido,
no fué, Cárlos, en tu daño.
CÁRLOS. Tan grande es mi confusion
en este angustioso instante,
que al verte de mí delante
le pregunto á mi razon,
si á pesar de antiguos lazos
impune dejarte puedo,
ó si á los recuerdos cedo
de mi amigo y te abro los brazos.
LUIS. (Friamente.)
Tu conciencia en consultar
harás bien, (Aparte.) (Adios, María.)
(En voz alta.)
Á solas yo con la mia
voy tambien á meditar.
(Sale lentamente por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XVII.

CÁRLOS, MARÍA, observándole con precaucion desde la puerta primera de la derecha.

CÁRLOS. Á solas con la conciencia,
dice Luis, y dice bien.
Cien veces, y áun otras cien,
quise yo de mi demencia
vencer la furia en secreto,
y tornar á mi María,
y siempre me lo impedia
la memoria de Loreto.
¿Qué importa ya que vencido

ante esa puerta solloce!
(Señalando al cuarto de María.)
¡El bien nunca se conoce
hasta despues de perdido! (Pausa.)
Me desprecia y me aborrece:
es necesario partir;
pero ántes debo cumplir
sin vacilar, que envilece
la duda de un solo instante,
un imperioso deber.
¡Adios, sirena ó mujer,
¡Adios, mi Loreto amante!...
¡No; dije mal!... Ya no es mia!
¡La del llanto y el dolor,
esa mujer es mi amor,
no la de impura alegría!
«¡Loreto, cuán seductora!
»¡qué mirada tan ardiente!
»Cuánta tristeza en la frente
»de María, y cuánto llora!»
(Se detiene algunos instantes: despues se sienta á escribir en el velador inmediato á la puerta en que observa María. Escribiendo y repitiendo en voz alta lo que escribe.)
«Adios por siempre, Loreto: una noche de angustia y de dolor ha iluminado mi conciencia y ha fortalecido mi espíritu. Todo concluyó entre nosotros. «Perdóname y olvida á quien »hoy quisiera olvidar delirios que le cuestan »la felicidad de toda la vida y remordimientos »que serán su eterno castigo.» Otra vez más, Loreto: adios para siempre. — Cárlos.»
(Se levanta dejando la carta abierta sobre el velador y marcha distraido. Despues se acerca al balcon y contempla las primeras luces del dia. En tanto María aventura algunos pasos, toma la carta y lee con profunda emocion.)

CÁRLOS. «Blanquea el negro capuz
»del alba la pura esencia,
»cual en oscura conciencia
»esparce el deber la luz.

MARÍA. —¿Adios por siempre, Loreto!...—(Leyendo.)

¡Luego su amor me prefiere!
CÁRLOS. Hoy el destino me hiere.
MARÍA. ¿Qué me dices en secreto,
corazon, con tu latir?
¿Recuerdas tal vez su amor?
CÁRLOS. ¡Me falta, ay Dios, el valor,
y es necesario partir!

ESCENA XVIII.

DON CÁRLOS, JUAN.

María, al ver llegar á Juan se retira á su cuarto y observa desde la puerta.

JUAN. El coche, señor, aguarda.
CÁRLOS. Voy al punto.
JUAN. ¡Toma, es él!...
Válgame Dios, qué Babel!
(Juan se dirige á la ventana y mira por ella.)
Mucho la mañana tarda,
pero abriendo este cristal
tenemos ya luz bastante.
(Abre las dos hojas del balcon: despues toma el quinqué y se dirige á la puerta de la izquierda.)
Primero fué el ayudante,
ahora se va el principal.
(Mirando á D. Cárlos. Sale. La escena queda únicamente iluminada por la pálida luz del amanecer.)

ESCENA XIX.

CÁRLOS, MARÍA.

María observa desde la puerta de su cuarto hasta el momento en que, segun indica el diálogo, debe presentarse.

CÁRLOS. (Disponiéndose á partir y luchando con la emocion que le domina.)
Vapores del nuevo dia,
recoged en vuestro manto
este amarguísimo llanto
y llevádselo á María.

¡Por ella lloro y por él!
¡Por el pobre pequeñuelo
con ojos color de cielo
de quien me aparta cruel!
¡Adios, porvenir tranquilo,
adios, doméstico hogar;
te voy por siempre á dejar
y acongojado vacilo!
¿Qué misteriosa atraccion
me llama invencible á tí?
¡Es, ay, que me dejo aquí
la mitad del corazon!
(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)
¡Adios por última vez,
del alma divinos lazos:
os tiendo al partir los brazos!

MARÍA. (Aparte.) (¡Es mortal su palidez!)

CÁRLOS. El tiempo pasa veloz. (Da algunos pasos.)

MARÍA. ¡Cárlos! (Llamándole débilmente.)

CÁRLOS. (Se detiene.) ¡No puedo, no puedo!
¡Hasta pensé que muy quedo
me llamaba!

MARÍA. ¡Ven!

CÁRLOS. ¡Su voz!
(Se vuelve y tiende los brazos á María, pero sin osar acercarse á ella.)

MARÍA. ¡Te llama el niño!

CÁRLOS. (Sin acercarse.) ¡María!

MARÍA. ¡Y te llamo yo tambien!
(Tendiéndole los brazos en una explosion de cariño. Se precipitan uno á otro y se abrazan llorando.)

CÁRLOS. ¡La sangre choca en mi sien!
¡Yo deliro... de alegría!
¡Eres un ángel del cielo!

MARÍA. ¡Silencio!

CÁRLOS. ¡Mi pecho estalla!
¡Y tú me perdonas!

MARÍA. ¡Calla,
que despierta el pequeñuelo! (Pausa.)
¡Qué horribles ensueños, Cárlos,
tuve esta noche! ¡Ay de mí!
¡Pero al despertar te ví!...

¡y no puedo recordarlos!

CÁRLOS. ¡No los recuerdes jamás,
te lo pido de rodillas! (Intenta arrodillarse.)

MARÍA. (Conteniéndole.)
¡No, Cárlos, no, que te humillas!

CÁRLOS. ¡Mi crímen me humilla más!
¡Rompí los infames lazos!

MARÍA. (Casi al oido y en voz baja.)
¡Silencio!... ¡Yo nada sé!...
¡Yo te amo... como te amé!

CÁRLOS. ¡Á tus plantas!

MARÍA. ¡En mis brazos. (Se abrazan.)

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al Editor, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

IMPRENTA DE T. FORTANET.